

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

EL KIOSCO.

II.

El lado izquierdo de la portada del pabellon que la *Sociedad Protectora de animales* tenía establecido en la Exposicion universal de Paris, ostentaba otros cuatro textos; mas tan ligados entre sí, que era cada uno complemento del anterior y todos juntos manifestacion acabada de un pensamiento perfecto.

Vamos, sin embargo, á estudiarlos uno por uno, como hemos hecho en el BOLETIN anterior con los estampados en el lado derecho del citado frontispicio.

Helos aquí por el orden en que nos han sido remitidos por el Sr. Torent, nuestro socio corresponsal en Badalona:

I.

Dieu ne nous a point donné deux âmes; l'une cruelle envers les animaux, l'autre bienveillante envers les hommes.

Dios no nos ha dado dos almas; la una cruel para con los animales, la otra benévola para con los hombres.

La unidad del alma se manifiesta por el unisono de nuestros sentimientos, la sistematizacion de nuestras ideas y la unificacion de nuestros actos. Esa simplicidad, esa inextension, esa unidad esencial de nuestro espiritu, se comprueban en la experiencia por la correspondencia constante de los afectos con sus causas ocasionales, por la lógica en las conclusiones de nuestros raciocinios y por la armonía de nuestra conducta y la consecuencia entre nuestras acciones de ayer con las de hoy.

Siempre el subjetivismo refleja la ilacion y el concierto del

Marzo 1.º, 1879.—Tomo V.—Núm. 17.

orden objetivo: el alma vá envuelta en los altos principios que presiden á la creacion y obedece á las mismas leyes del orden y la continuidad á que se hallan sometidas todas las criaturas.

A una catástrofe, un dolor; á una belleza un placer; á un cataclismo un espanto; á un bien un gozo. Lo tenido por bello, verdadero y bueno, conmueve, convence y escita: lo tenido por feo, falso ó malo, repugna, ofende ó irrita.

Dada una sensibilidad, siempre se da esta armonía; los casos escepcionales muestran las anormalidades de la aberracion, el error ó la monstruosidad: los casos ordinarios prueban, por el contrario, el rigorismo de la ley, el paralelismo entre lo interno y lo externo y el destino natural del sentimiento.

Una sola alma, supone un solo sentido estético, un solo criterio lógico y un sólo juicio moral: y hasta tal punto fijo en la esencia de la cosa y desprendido de la forma, que propenden á ejercitarse en la esfera de lo absoluto sin contemplacion á los accidentes del caso ni á circunstancias de momento, lugar, persona ó cosa.

Una obra de arte es bella, porque lo es, segun sus principios; mas no porque la produzca el amigo, el conciudadano ó el compatriota: una doctrina es verdadera, porque es conforme con la realidad; mas no porque la profese el correligionario, porque convenga á nuestros intereses ó porque la hayamos inventado nosotros mismos: y una accion es buena, no porque en ella se funde nuestro título nobiliario, ó porque la haya realizado nuestro hijo, ó porque haya redundado en nuestro provecho; sino porque se ajusta á los eternos dictados de la razon y la conciencia.

Pues bien: basta que el animal tenga, como nuestros semejantes y como nosotros mismos, una sensibilidad, para que no se le hiera duramente: basta que pueda sufrir, para que no se le atormente jamás y basta que tenga un destino que realizar y un instinto de conservacion, para que no se le mate sin un imperioso motivo de necesidad ó de conveniencia.

Recíprocamente: basta que tengamos un corazon organizado para el dolor, una dote de sensibilidad moral que se llama ternura y un deber de racional conciencia que se designa con el nombre de misericordia, para que estendamos á la especie animal nuestros juicios más compasivos, nuestros sentimientos más delicados y nuestros actos más solícitos y generosos.

Dar la caridad á los animales y el indiferentismo á los hombres, es un delirio, una monstruosidad, un crimen de lesa-humanidad; pero limitar al hombre la esfera del sentimiento y dar trato cruel é injusto á los animales, es una torpeza, una inmoralidad y un delito contra la naturaleza. Seguramente no hay que pedir una conducta prudente y sensata para con los animales al hombre que, lleno de odios, hace el mal á sus semejantes; mientras resulta evidente que, el que realiza sus dulces deberes para con la naturaleza y muy especialmente para con los seres organizados, es imposible que no estienda á los hombres los efectos de su bondad natural y de su justicia perfecta. Al contrario, no deja de ser frecuente que el individuo se tenga por honrado y bueno, y hasta por ilustrado y culto, aunque á la corteza en el trato y á ciertas oporturas manifestaciones de filantropía, una hábitos de rudeza, sangre fría y crueldad para con los animales: el taurómaco, el cazador de trampa, el tirador al pichon y al pato, el reñidor de gallos y el carretero despiadado, pueden servir de modelos: ni tampoco es raro que el educado en estas aficiones y prácticas venga á parar en enemigo del hombre, revoltoso y sanguinario: el socialista petrolero, el bandido de los bosques y el verdugo de la humanidad, muestran los altos grados á que conduce ese horrible progreso de la barbarie, la impiedad y la vileza.

Una sola es, pues, el alma; una debe ser la ley, una la educación, y una la práctica: ni crueldad para los hombres, ni crueldad para los animales; benevolencia para unos y otros, puesto que con unos y otros nos desenvolvemos, y *por* ellos, *para* ellos y *entre* ellos hemos de realizar nuestro destino terrestre.

II.

De la brutalité envers l'animal à la cruauté envers l'homme, il n'y a de différence que la victime.

De la brutalidad para con el animal á la crueldad para con el hombre, no hay más diferencia que la víctima.

En absoluto, todo verdugo tiene mal corazón: y aunque haya quien sostenga que se necesita más crudeza para ver impasible el martirio de un hombre que el de un animal, la verdad es, que lo que el hombre pone de placer en el tormento de este último, borra la diferencia que separa ese gozo de la indiferencia é

imperturbabilidad con que se asiste al espectáculo de la agonía humana.

La historia y la experiencia vienen desgraciadamente en nuestra ayuda: aquella nos muestra la horrenda facilidad con que los pueblos antiguos pasaron del sacrificio de víctimas zoológicas al de víctimas humanas; como Roma prefirió, enfin, el espectáculo de los gladiadores á las luchas con las fieras y como los inquisidores españoles dormían como unos santos lirones y comían con descomunal apetito, despues de haber presenciado el tormento de algunos infelices ó de haber asistido á un impío auto de fè.

La experiencia al par nos acredita con que lógica naturalidad y por qué resbaladiza pendiente se desliza el alma desde la insensibilidad infantil á la varonil brutalidad: desde la travesura de robar el nido á la gracia de incendiar el gato, á la enormidad del secuestro ó al horror de incendiar un pueblo. Neron maltrataba á los animales y acabó por pegar fuego á Roma: sacaba los ojos á las moscas y le abrió el seno á su madre, mató por envidia á su capitan Burrho y á su maestro Séneca y por hipocresia derramó á torrentes la sangre de los cristianos.

Entre nosotros, el chiquillo que mata un gato, es el mismo pequeño iconoclasta de las revoluciones; y el taurómaco que silba á la presidencia, el mismo que cuelga al alcalde de un farol al son del himno de Riego ó del de Garibaldi.

Ya veis como en todos estos casos no hay más diferencia que las víctimas. El corazon es el mismo, siempre malo: el objeto de los furores es el que cambia. Sólo nuestro egoismo nos hace creer que matar á un hombre es más malo que matar á un *bicho*: poned un malvado, un bandido, en comparacion con un animal útil, un caballo, y hallareis la diferencia á favor del animal: y sin embargo todos los días dejais impunes á los bandidos y todos los días mueren bárbaramente y á centenares los caballos en las li-dias taurinas.

Mas no mireis la cuestion por el lado de la víctima; miradla por el lado del verdugo y observareis que, dentro de la conciencia y por cuanto respecta á la aberracion mental, al encallecimiento del corazon y á la degradacion moral, no hay tanta distancia del asesino de bestias al asesino de hombres, toda vez que se la salva fácilmente cuando llega la ocasion, que atormentando animales se educa el hombre para tirano y verdugo, y que siem-

pre fueron los más enemigos de la humanidad, aquellos mismos que habían sido implacables con los míseros animales.

Podrá suceder que no se atreva á matar hombres, quien se halla acostumbrado á sacrificar animales: cuestion es entónces de prejuicios y aprensiones, ó falta del grado conveniente en el desarrollo de los malos instintos: tambien hemos visto en los siglos medios soldados que no temblaban ante un ejército y huían despavoridos, presa de supersticioso terror, ante la idea de un muerto aparecido; pero es lo cierto que para llegar á matar imperturbablemente hombres, es preciso empezar por martirizar á los animales y por gozarse con su agonía. Los alumnos de medicina ensayan sus escalpelos en los míseros animales y luego que no les tiembla la mano, pasan á la autopsia de los cadáveres y más tarde, ya cirujanos, á las operaciones sobre sujetos vivos.

El operador es el mismo; el paciente sólo ha cambiado.

En unos y otros casos la víctima será más interesante, el hecho más transcendental, la ley humana más parcial en su dureza; pero los agentes igualmente malvados, la moralidad igualmente perdida, el delito igualmente nefando y punible.

Esto no lo dicen hoy las leyes; pero lo dirán mañana: esto lo dicen ya las Sociedades Protectoras; pero el Autor de la naturaleza lo ha establecido desde el principio y para siempre.

III.

La cruauté envers les animaux rend le coeur insensible aux souffrances de l'homme.

La crueldad para con los animales, hace al corazon insensible á los sufrimientos humanos.

Una vez cerrado el corazon á todo sentimiento de piedad y encallecidas ó paralizadas las fibras del sentimentalismo humano, es muy difícil, cuando es posible, dar en el alma entrada á la conmiseracion, ó enternecer alguna vez y en provecho de alguien el pecho rígido y yerto de un hombre de mármol. O requiérense grandes sacudidas como las que se necesitan para volver la razon á un loco, ó han de aplicarse castigos espantosos como los que sirven para domesticar fieras.

El sentimentalismo desempeña en la vida un papel interesantísimo: si el entendimiento da verdad y acierto á la conducta, el sentimiento le presta belleza y encantos convirtiéndola

en obra primorosa y admirable de arte. Ya sabemos que no basta la ilustracion para hacer lo bueno: es preciso amarlo; por eso la razon acude en vano con sus eternas fórmulas á la conciencia y este juez inflexible inútilmente señala la direccion y designa lo que ha de hacerse; porque si el corazon no lo quiere, si no le place, si lo repugna ó lo odia, la ley queda desatendida, el juez desobedecido y la voluntad esclava cede al capricho ó se arrastra tras la pasion.

De aquí la necesidad de educar el sentimiento en armonía con los preceptos racionales y con los verdaderos intereses de la vida, y de aquí la necesidad de no vaciar todo el contenido del corazon en los devaneos de la juventud, apagando así los fuegos que han de animarnos en la virilidad y de caldearnos en la vejez, dándonos siempre el vigor y el ánimo que reclaman toda obra acertada, provechosa y bella.

Es aun más práctico el corazon que la cabeza: si ésta es el lugar de la ciencia, aquel es el asiento del arte; por eso reduce á reglas las teorías que aquella le ofrece, y por eso, si bien es la inteligencia la que debe proporcionar los materiales, es el sentimiento el que los fecundiza y los aplica á la práctica.

La virilidad del ánimo, la energía y firmeza de la voluntad, aun más penden del entusiasmo con que se profesan las creencias, del amor que se las tiene y de las raices sensibles con que se unen al alma, que de la seguridad y confianza con que se las posee como verdades especulativas y del convencimiento con que se mantienen en el fondo de nuestra ilustracion.

Es evidente que la fé racional en una verdad, determina el culto que se le profesa; por eso no puede amarse lo que no se entiende, ni se da el caso del amor al absurdo y la simpatía por el arcano; mas tambien es cierto que el triunfo de una idea, más que á la conviccion de su grandeza, se debe á la adhesion generosa del corazon, á la penetracion por el amor de ella en la vida, al propósito firmísimo y fogoso de realizarla siempre y de hacer que los demás la realicen.

Así se explica, que los que tienen grande aficion á lo viejo rechacen las innovaciones; que los que no entienden las ventajas de una reforma pongan obstáculos tenaces á su realizacion y que muchos que no tienen argumentos con que defender lo antiguo ni contrariar lo moderno, ó, lo que es más, que se hallan persuadidos de las ventajas del progreso y de los inconve-

nientes de lo tradicional, sellan el labio, pero arman el brazo, enmudecen pero persisten, eluden la discusion pero se clavan en su error, en su capricho ó en su malevolencia, con toda la rigidez de la terquedad y toda la decision del que no tiene otro medio de vencer que la fuerza.

Tal acontece con la idea protectora en España. Pugna contra viejos hábitos de rudeza, contra innumerables inteligencias oscurecidas, contra muchos corazones dominados por la grosería ó desgastados en prácticas viciosas ó inhumanas y contra una cierta malévola ilustracion y una falsa cultura, enemigas constantes de todo adelanto y de toda conquista general, que podrian hacer más difícil el monopolio injusto y funesto que ejercen ó quizás arrebatarles la dominacion y el poder que han conservado desde muy antiguo y de que son tremendas reliquias nuestro atraso intelectual, nuestra corrupcion moral y las manchas de nuestras costumbres populares, públicas y privadas.

Las prácticas crueles con los animales, los gustos por los espectáculos cruentos, los divertimientos en que el martirio de un ser vivo se consume entre carcajadas y los hábitos en que la vista y el corazon se aficianan á los detalles de la agonía, hasta el punto de levantar en nosotros el extraño antojo de hacer de verdugos, son los preliminares del placer con que el hombre se adorna, se dispone y se apresura para asistir á esas representaciones de los dramas judiciales que se llaman *ejecuciones capitales*; son los antecedentes de las guerras, borron infame que lleva la humanidad sobre su frente de Cain, y que no consiguen limpiar la ridícula diplomacia, la monstruosidad de los inventos guerreros ni las luces de nuestra decantada civilizacion del siglo XIX; y son, en fin, el punto de partida de todas esas espantosas incompatibilidades sociales que se llaman, bandidaje, (se-cuestros), revoluciones, (demagogia), odio á la autoridad, (socialismo), furores contra los ricos, (comunistas), lucha del trabajador contra el empresario, (huelgas), trampas de la envidia, (ambiciosos), murmuradores de sala, (calumnia), inmoralidad pública, (expoliadores), gobernantes arbitrarios, (despotismo), y enemigos en fin del hombre, (verdugos).

He aquí todo lo que puede engendrarse con el gusto de abogar un gorrion, del placer de descuartizar á un gato, con el furor tauromáquico, con las riñas de gallos, con los gallumbos en honor del Santo Patrono ó de la coronacion del Principe y con.

toda práctica que tienda á hacer el corazon insensible respecto á los animales.

Pese á la valentía humana, del animal al hombre se pasa pronto; y lo que es otro animal, que tal, ó ménos que tal, es el desalmado, mucho más fácilmente pasa de aquel á este, pese á las leyes, á los magistrados, á los moralistas y filósofos teóricos, y á las bayonetas y verdugos.

Concluyamos; he aquí el último aforismo, que en nada esencialmente se diferencia del anterior.

IV.

La cruauté qu' on exerce envers les animaux, n' est que l' apprentissage envers les hommes.

La crueldad que se ejerce con los animales, no es más que el aprendizaje de la que se usa despues con los hombres.

En verdad que si quisiéramos educar á un niño para enemigo de la humanidad, no podría escogerse una pedagogía más eficaz que la que enseñase el odio á la naturaleza y aconsejara el exterminio de todo sér organizado. Luego que hubiese concluido con todo cuanto crece y respira sin conciencia, el hombre así educado la emprendería con lo que se agita y desenvuelve conscientemente; que tal es el progreso natural y la ley ascendente de todo sistema.

Los ensayos se hacen siempre *in anima vili*: y así como quando un déspota ha querido dominar en absoluto sobre hombres los ha reducido á la condicion de bestias, así reciprocamente se suele aprender en las bestias el modo de deshacerse con cierta destreza de los tiranos.

Despues de todo, observad que se halla más dentro de la ley del método el que camina de lo ménos á lo más, que el que se propone conseguir lo más disponiendo de lo ménos; el hombre rudo tirano de las selvas, dispone de mejor didáctica que el soberbio potentado tirano de los pueblos: por eso con el aprendizaje de la crueldad para con los animales se aprende indudablemente la ferocidad para con los hombres; miéntras que con toda la ferocidad de un mónstruo no bastó siempre para tiranizar á un pueblo: aquel método es seguro; este atentado tiene sus peligros.

El que entrega por un vil precio á un empresario de toros un viejo caballo que le ha prestado grandes y numerosos servicios,

puede jugar á una carta la nobleza de sus antepasados, puede vender, si le tiene cuenta, á su amigo ó á su hermano y dejar, en fin, que su padre se pudra en la prision ó se muera en un hospital, más que de miseria, de vergüenza. Aquel otro que se educa por las calles incendiando gatos y hurtando pañuelos, que tiente las reses en la dehesa y recoge las entrañas del caballo en la plaza de toros, ó corre burros y martiriza gallumbos, puede celebrar un día autos sacrilegos de fé con las imágenes del templo que ántes habia llevado á hombros en devotas procesiones, ó ser el primero en echar al cuello de la autoridad el nudo corrido que sirve para ahorcarla de un farol poco tiempo despues de haber ido suplicante á pedirle un destinillo, y quizá llevando en la boca todavía un bocado del pan debido á su munificencia.

¿Y quién tendrá la culpa? No sin duda el cura que alquila sus brazos para llevar en andas al santo, ni tampoco el alcalde que le dió de comer cuando le vió hambriento y suplicante: sino aquel otro sacerdote que no atizó en su conciencia el fuego sagrado del innato sentimiento religioso, y aquel otro gobernante que dejó á oscuras su entendimiento pensando que se gobierna mejor á los hombres miéntras más embrutecidos se encuentran.

¡Desgraciados! Ignoran que la naturaleza espiritual, como la física, tiene horror al vacío, y que donde no estan la verdad y la religion, estan los errores y las impiedades; ¡monstruos y reptiles á quienes contienen la fuerza y el miedo y que salen de sus guaridas con espantosa furia y pavorosa profusion, cuando el poder se debilita y la impunidad empuja!

Criar pueblos en la ignorancia y la inmoralidad, es abrigar sierpes en el seno ó alimentar en casa los cachorros del tigre, ¡ay el dia en que os sorprendan aquellos dormidos ó en que nazcan á estos las garras!... ¡Ay del momento en que os ciegue la confianza ó se os pille desarmados, porque es el último de vuestra vida y de la de muchos inocentes!

Los educásteis con espectáculos de sangre y se han hecho sangrientos; los criásteis en las nieblas de la ignorancia y os condenan á las sombras de la muerte; oyeron el chasquear de vuestro látigo y vieron el centellear de vuestra espada y os dejan sentir el crugido de su mortífero cáñamo, ó el relámpago de su hacha destructora. Lógica tremenda de vuestra funesta didáctica: dejásteis que el hombre aprendiera á ser tirano y el tirano se vuel-

ve contra vosotros aburrido de serlo con las bestias; busca como Baltasar un espectáculo que le divierta más, que le emocione más: caed, caed ante él en bella postura como los desventurados gladiadores de la cesárea Roma.

Cuando se nos ofrecen juntos pueblos y gobiernos, los que saborean los goces del poder y los que tascan el freno de la dominación en un espectáculo taurino, ocurre el preguntar, quien yerra más, si el maestro ó el discípulo, si el que recibe la funesta enseñanza de la barbarie ó el que ofrece esa ciega y fatal ejemplaridad. También ocurre el discurrir cual sería la actitud de esas dos entidades sociales fuera de la plaza, sólo con cambiar el poder de manos ó sólo con espantar el cortejo amedrentador de esbirros y guardias que una de ellas tiene á sus espaldas. También ocurre el señalar cual de las dos se equivoca más, ó lo que es lo mismo, en cual de las dos es más disculpable el yerro.

Y no aprenden los hombres: al ménos aprenden lo bueno: y si lo aprenden no escarmientan. ¡Siendo tan sencillo el camino recto, siendo tan espedita y cómoda la vía de la moralidad, siendo tan hermoso y ameno el sendero del progreso, de la libertad, del destino racional humano, que se detengan los grandes por la avaricia y los pequeños por la grosería!...; que retrograden los unos por soberbia y los otros por abyección!...; que se lance á los hijos de Dios el placer más brutal, como se lanza un hueso á un perro para que no muerda, y que se entretenga la jauría imbécilmente con el hueso, sin observar que el cielo les tiene destinado ese celestial banquete en que se saborean los deliciosos manjares del amor, la fraternidad, la ilustración, el orden, la justicia, el trabajo, la ventura, en fin, premio de las inteligencias levantadas, de los corazones tiernos y humanos y de las conciencias honradas y benévolas!...

Hagamos punto: si hubiéramos de desenvolver todo el contenido moral y filosófico de cada uno de los principios grabados por la *Sociedad Parisiense Protectora de los Animales* en las puertas de su Kiosco, sería preciso llenar ocho volúmenes. Démosle la enhorabuena por profesarlos entre sus dogmas y por enseñarlos al mundo el día en que da cita á la humanidad para ante el templo del saber humano; y agreguemos muy particularmente las gracias por habernos dado con ellos rico tema con que entretener por espacio de dos días á nuestros lectores, si es

que en efecto, hemos tenido la buena suerte de entretenerlos, y si juzgan que hemos acertado á comentar aquellas máximas en el sentido que les presta el espíritu proteccionista.

El Secretario General,
ROMUALDO A. ESPINO.

APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

Demos una vuelta por el palacio de la *Representacion nacional*, que tambien allí, en el *Santuario de las leyes*, en ese horno en que hierven derechos y libertades al fuego del patriotismo, de la integridad gubernamental, de los talentos más eminentes y de las virtudes cívicas de mayor excelencia, suelen pasar cosas estupendas que alguna vez atañen al protectorado de los animales, *por desgracia* tan ligado hoy con los intereses de la civilizacion general y de la moralidad privada.

No penetremos dentro del edificio, porque en primer lugar allí hay hombres que nos pueden dar un disgusto; y en segundo, hay que guardarse de códigos y fiscales, cárceles y multas, que caerán sobre nosotros si rompemos, á impulsos del dolor ó de la rabia, la mordaza que nos tienen puesta y se nos escapa una palabra más alta que otra.

Por otra parte, no hay necesidad de entrar: en su contorno vagan una porcion de chiquillos y mujeres con unas hojas de papel en la mano llamadas *diarios*, que nos dan cuenta de lo que pasa dentro y aun suelen permitirse acerca de ello algun comentario. Cojamos al paso unas pocas y reproduzcamos, para que no se borre, lo que nos dicen en la materia que afecta al propósito de nuestra SOCIEDAD.

Empecemos por *La Correspondencia de España* del día 9 del corriente Junio.

Dice así al relatar lo ocurrido en el Congreso:

"El Sr. Mariscal, en uso del derecho que le concedía el art. 162 del reglamento, rogó á la mesa se sirviera manifestar si es cierto que hay presentada una proposicion pidiendo se supriman las corridas de toros, diversion favorita del pueblo madrileño. Los periódicos se han ocupado de este asunto, corren rumores contradictorios y es preciso saber á qué

atenerse, pues la tal proposicion pesa sobre las corridas de toros cual nueva espada de Damocles.

El pais se preocupa con este asunto y quiere que la espada caiga dispuesta á herir; pero no que permanezca suspendida indefinitivamente. De esta manera la espada de Damocles llegará á convertirse en espada de Bernardo. *(Risas)*

La proposicion parece que está suscrita por los señores marqués de San Carlos, Candau y otros.

Dícese que yo, añadió el orador, pienso defender los toros, y es cierto; pero tanto se dilata el debate, que por lo visto se reserva para el día del Juicio final ó sea el de la disolucion de las Cortes. *(Risas)*.

El señor Presidente dijo que en efecto la lectura de dicha proposicion está autorizada por las sesiones; cualquier dia, ántes de entrar en el despacho ordinario, puede discutirse; pero sus autores lo van retardando tanto que no sería difícil se aplazase para la época indicada por el señor Mariscal.

El Sr. Perier, como uno de los firmantes de la proposicion, hizo presente que el marqués de San Carlos, á consecuencia de más urgentes ocupaciones, no podía apoyarla en el día de hoy; pero que ni el señor marqués ni él ni ninguno de sus autores aplazaba el debate obedeciendo á presiones de fuera ni de dentro del Congreso.

El Sr. Mariscal rectificó explicando que no había sido su ánimo, al usar de ciertas reticencias, aludir á ningun género de presion ni ejercerla por sí. Solo quería hacer constar que así como otros, en el uso de su derecho, trataban de impugnar las corridas de toros, él, en uso del suyo, estaba dispuesto á defenderlas."

¿No le parecerá á cualquiera que esta arrogancia, casi esta provocacion del Sr. Mariscal está muy en su lugar? ¿No le parecerá que resulta exhuberante ese recuerdo de su perfecto derecho para defender las corridas de toros, que evoca el señor diputado? ¿No juzgan Vds. que si alguien se había de levantar á impugnar la patriótica y digna proposicion del Sr. Marqués de San Carlos, había de ser el Sr. Mariscal, cuyo apellido expresa cierta relacion que parece establecida por la misma naturaleza con este asunto.

Cualquiera creará que si los apellidos significan algo é imponen algunos deberes, el Sr. Mariscal por el suyo estaba obligado á defender á los animales: ¿no es así? Pues precisamente eso es lo que se disponía á hacer el Sr. Mariscal y lo que lamentaba que no le permitiesen llevar á cabo los autores de la proposicion anti-aurina: sólo que, con una perspicacia innegable y un acierto digno de mejor objeto, entre la animalidad del toro, y la

brutalidad de los taurófilos, el Sr. Mariscal escogió esta última sin vacilar para ponerse de su parte y á su defensa; que no sabemos en efecto que animal es mayor, si hombre ó bestia, cuando echamos la mirada por el circo con ocasion en que se celebra la famosa fiesta nacional.

Por otra parte, el Sr. Mariscal es sin duda un diputado verdaderamente popular, y he aquí que defiende el derecho de las masas á embrutecerse al mismo son que se divierte; derecho que por lo ménos nadie negará que es tan respetable como el que el Sr. Mariscal evocaba para que le permitiesen defender las corridas de toros.

¡Y bien hizo su señoría en lamentar que no se le procurase la ocasion de defenderlas con una de sus más bellas peroraciones, de esas que causan las delicias del gacetillero de *La Iberia*! porque eso habría demostrado el ardimiento con que sostiene la causa que supone de los más aunque no sea la de los mejores, contra la timidez, que tambien supone, en los que pudieran ceder á las presiones de *dentro* y fuera del Congreso. De *dentro*? esto nos llama la atencion: de *dentro* ¿en el recinto de las inviolabilidades? De *dentro* en la fábrica en que se templan esas armas de la libertad, de la independencia y del carácter sagrado? No puede ser.

Y de fuera, por qué? Pues no está el periodismo por fuera y todos los días clama enérgicamente contra la animalidad de los taurófilos y en pró del derecho á la vida de los toros? No están por *fuera* las Sociedades Protectoras que á cada paso levantan enérgicas protestas contra ese delirio del corazon y esa torpeza del sentido moral? Y la religion, y la filosofia y la ley natural no las halla *fuera* de aquel recinto y de sí el Sr. Mariscal? Y las naciones extranjeras no las juzga *fuera* de España el diputado de la langosta? Lea, lea el Sr. Mariscal un pequeño librito que escribió en francés en 1863 Mr. René de Semallé con el título de *Lettres d'un touriste sur les combats de taureaux*; léalo aunque se le amargue un tanto ese amor á la populachería que ha demostrado al hacer suya la que juzga causa nacional.

Mal sino tiene el Sr. Mariscal; siempre le toca unir su nombre al de las calamidades de España: entre la langosta que no pudo destruir y las corridas de toros que no se le da tiempo de defender, vá á hundir su naciente crédito como diputado, como

orador y como hombre de gran sentido y de ilustrado patriotismo.

La misma *Correspondencia* nos daba en otro lugar la siguiente triste noticia:

"El marqués de San Carlos ha retirado hoy, á primera hora, de la mesa del Congreso, su proposicion sobre las corridas de toros."

Y *El Globo* del mismo día 9, decía que:

"El Sr. Candau, que combatirá las corridas de toros, lo hará examinándolas bajo el punto de vista de la riqueza pecuaria en sus relaciones con la produccion del pais."

Mas al día siguiente confirmaba la noticia de *La Correspondencia*, comunicándonos que, en efecto:

"El marqués de San Carlos ha retirado ayer, á primera hora, de la mesa del Congreso, su proposicion sobre las corridas de toros."

Esto no obstante, en el mismo periódico, número correspondiente al 13, se sostenía nuestra esperanza con los siguientes renglones:

"El marqués de San Carlos ha aplazado el apoyar su proposicion para el lunes próximo."

Y para aumentarla, se agregaba más abajo la siguiente referencia:

"Dice un colega:

"Parece que en el Senado se va á tratar tambien la cuestion de las corridas de toros. Se asegura que combatirá esta diversion el señor D. Agustín Pascual, y que será defendida por el Sr. D. Cirilo Alvarez."

Mas á todo esto, he aquí la proposicion del Sr. Marqués de San Carlos, que nos dió á conocer *El Imparcial* del día 14:

"Persuadidos los diputados que suscriben de que las corridas de toros de muerte ejercen una influencia perniciosa en nuestras costumbres y constituyen un espectáculo poco digno de un pueblo culto, tienen la honra de proponer á la aprobacion del Congreso la siguiente

PROPOSICION DE LEY.

Artículo 1.º Queda prohibida la construccion de nuevas plazas de toros, así como la reedificacion de las que en la actualidad se hallan deruidas.

Art. 2.º El Gobierno adoptará las medidas que crea convenientes para la supresion, dentro de un plazo prudencial, de las corridas de toros de muerte.

Palacio del Congreso 1.º de Junio de 1877.—Marqués de San Carlos.

—Antonio María Fabié.—Alejandro Pidal y Mon.—Cárlos María Perier.
—Francisco de Paula Candau."

La estampamos con mucho gusto para honra de los que la suscriben, á quienes por esto sólo el decoro de la patria, la regeneracion de nuestra sociedad y los fueros de la moral racional, quedarán agradecidos y nosotros en su nombre les declaramos beneméritos, ilustrados, valerosos y honrados españoles.

Ahora, dejemos que el mismo *Imparcial* del 14 nos diga la suerte que cupo á esta proposicion y como quiso sortearla el señor Mariscal.

El Imparcial, nos da cuenta de lo que pasó en el Palacio del Congreso el dia en que iba á debatir esa cuestion baladí de la grandeza nacional frente á frente de esa otra omnipotente de la fiesta tauromáquica: y he aquí con qué parquedad nos cuenta el suceso el periódico democrático:

"Por fin llegó el momento tan deseado por el señor Mariscal, de que se despejara la situacion crítica en que había colocado al país la proposicion, siempre aplazada, del señor marqués de San Cárlos: por fin la conciencia pública quedó libre del peso que ejercía sobre sus esperanzas, sus ilusiones y sus entusiasmos la amenaza de suprimir las corridas de toros, considerada por el diputado por Jaen como una nueva espada de Dámocles.

La proposicion de ley defendida ayer por el señor marqués de San Cárlos no era ni tan dura ni tan intransigente que acabara de un golpe con la fiesta *desgraciadamente* nacional: la única medida que se propone de efecto inmediato, es el prohibir la edificacion de nuevas plazas, y para lo porvenir, dentro del tiempo que se crea prudencial, dejar autorizado al Gobierno para que tome las disposiciones conducentes á la supresion gradual de las corridas de toros de muerte.

El discurso pronunciado por el señor marqués de San Cárlos aún atenuó la severidad de las medidas propuestas; más bien que á convencer, parecía encaminado á quitar importancia al asunto y á cumplir con cierta vacilacion un escrúpulo de conciencia.

Verdaderamente el orador necesitaba armarse de valor para contrarrestar ese entusiasmo por los toros que ahora remanece en la juventud de las clases más altas, y que para encontrar período tan floreciente hay que remontarse á la época de feliz recordacion en que se fundó la escuela de tauromaquia en Sevilla.

Las aristocráticas novilladas de los Eliseos y las coronas arrojadas al redondel la semana pasada, coronas que no han obtenido verdaderos genios é ilustres escritores que han muerto en el olvido y en la miseria, dicen hasta qué punto obedecen al espíritu predominante de este período

deseo y el empeño del Sr. Mariscal en defender *la diversion llamada corridas de toros*.

El señor Mariscal no pudo salir á la defensa de toros y toreros; tres veces intentó usar de la palabra, tres veces tropezó con el reglamento que habló por medio de la campanilla del presidente; y cuando ya no le quedaba otra arma que esgrimir pidió... votacion nominal. Su señoría estaba de degracia ayer tarde, y ni aún eso consiguió; porque, abandonado de sus amigos, vió cómo el Congreso tomaba en votacion ordinaria el acuerdo de que la proposicion pasará á las secciones á esperar el día del juicio final en que resucitarán todos los muertos, y que será, según oímos el sábado último, la vispera del fin de este Congreso."

El diputado por Jaen considera como espada de Dámocles la posibilidad de suprimir las corridas de toros: entiende que es una amenaza quitar el borron que afea nuestras costumbres y lavar la mancha que deslucen nuestro decoro nacional. ¿Qué dirá su señoría, si el pueblo que vaya á gobernar un día ó el país que le vea entrar por las puertas del augusto palacio de las Cortes, da en juzgarlo como una espada de Dámocles suspendida sobre su moralidad, su justificacion y su grandeza? Oh! no: no es posible que la aberracion racional llegue á tal extremo, que se tiemble de dolor y de miedo al solo anuncio de una proposicion anti-aurina, es decir; ante la probabilidad de que el legislador corte con la espada de la justicia el yugo que mantiene al populacho bajo la férula de bárbaras tradiciones y vergonzosos usos.

Pero ya vemos que no era el populacho, sino la juventud aristocrática la que podría resentirse de que desapareciera esa mengua nacional; ya vemos que el Sr. Mariscal no se ha colocado del lado de las masas, sino del lado de la ociosa y nociva aristocracia, mal avenida con sus timbres nobiliarios, pero fiel á la mision social que la ha condenado desde un principio á ser eterna rémora del progreso y mortal enemiga de los intereses populares más respetables: ya vemos que el mismo Sr. Marqués de San Carlos, cuya proposicion ya era todo lo benigna y estrecha que pueden aconsejar la prudencia más exquisita y el espíritu más transigente, al defenderla ante la nacion, aun almidaró la frase, atenuó la intencion y hasta torció el sentido para no concitar contra sí á la poderosa nobleza, más temible sin duda que por sí misma por la fuerza que podía prestarle esa gran masa apasionada y ciega del pueblo que, con tal de defender sus

goces más licenciosos y funestos, no vacila en hacer causa común con la aristocracia y aun de agradecerle el auxilio que esta le presta en tan dañosa empresa.

Todavía ciéese que la aristocracia es Madrid y que Madrid es España; por eso para Madrid se legisla en todos los ramos, por eso las provincias viven esclavas de la capital y por eso hay que consentir desbarros en todo el país por el placer de concederlos á la nobleza madrileña, que es como dar una bofetada á los españoles en su rostro cortesano, ó dejar que se pierdan los intereses morales de 16.000000 de habitantes por complacer á unos miles á cuyo frente figura la nata y flor de esa grandeza que se viste á la inglesa, come á lo parisien y torea á lo español, sin ser ilustrada á lo alemán, trabajadora á lo suizo, liberal á lo yankee y religiosa á lo turco ó lo judío.

Miéntas se diga en alta voz y se escriba en letras de molde que *se necesita armarse de valor para contrarestar ese entusiasmo por los toros que ahora renace en la juventud de las clases más altas*; miéntas sea preciso un cierto grado de heroismo para correr los *tremendos peligros* á que se halla expuesto todo abogado del honor y del progreso y todo reformista moral y humano, la civilización tiene su causa perdida en España, y el bienestar social, la paz y el orden público y la dignidad y el enaltecimiento del país, son esperanzas ilusorias y empresas vanas.

Hay que volver la oración por pasiva; hay que amontonar los obstáculos al paso de la ambición, del egoísmo, de la rebelión, de la grosería, de la ignorancia, de las preocupaciones, de las tiranías de arriba y de abajo, y de las inmoralidades de adentro y de afuera.

Y sin embargo, ya veis la suerte que cupo al Sr. Mariscal; no había sabido atacar la langosta, ni supo defender las lides tau-rinas: cuando intentó lo primero, salióle al paso la risa general; cuando ha pretendido lo segundo, le atajó el camino la campanilla presidencial.

El defensor de las *corridas* quedó *corrido*: ni siquiera obtuvo la forma de votación que pedía, ni siquiera consiguió que la proposición del Sr. Marqués de San Carlos fuese desechada; más debió consolarse con el acuerdo de que pasara á las secciones, porque esto equivalía á lanzarla en el pozo Aíron.

El Imparcial decía en otro lugar:

Tomo V.—Núm. 17.

"Aunque ayer no fué desechada la proposicion del señor marqués de San Carlos sobre las corridas de toros, créese unánimemente que no llegará á discutirse en la actual legislatura."

Y luego añade las palabras con que el Sr. Marqués obtuvo que su proposicion fuese tomada en consideracion, en esta forma:

"El Sr. Marqués de San Carlos defiende su proposicion de ley á fin de que no se permita la construccion de nuevas plazas de toros, ni la reedificacion de las que están derruidas, autorizando al Gobierno para que, dentro de un plazo convencional, adopte las medidas convenientes para que se supriman las corridas de toros de muerte.

Hace notar el orador que no pide la supresion inmediata de las corridas, sinó que se vaya encaminando la accion del Gobierno al logro de aquel deseo paulatinamente, cortando la aficion al espectáculo allí donde hasta ahora, por fortuna, como en la provincia de Leon, no hay templo para rendir culto á la deidad favorita de otras provincias.

Dice que el pensamiento es civilizador, y manifiesta su creencia de que para realizarlo le prestará indudablemente su poderoso concurso la prensa periódica, cumpliendo uno de los más altos fines que le incumben.

Siendo este, añade, el verdadero propósito de la proposicion, sobre la cual tanto se ha hablado, creo que no habrá inconveniente por parte del Gobierno para que se tome en consideracion. Así se lo ruego al Congreso.

El Sr. Mariscal: Pido la palabra en contra.

El Sr. Secretario: ¿Se toma en consideracion?

El Sr. Mariscal: Pido que sea nominal.

El Sr. Presidente: No hay suficiente número de diputados que lo pidan.

El Sr. Secretario: Se toma en consideracion."

Encolerizóse el Sr. Mariscal al sentir la herida en su amor propio y cogiendo la pluma (y ya sabemos como plumea su señoría) redactó la siguiente proposicion que tambien tomamos, ya juzgada, de *El Imparcial* del dia 14:

"Dice así la proposicion del Sr. Mariscal pidiendo que las cosas continúen como están:

"Artículo único. La permanencia de la diversion llamada *corridas de toros*, no sufrirá por ahora alteracion alguna."

Así como en los asuntos de Estado la buena forma es el todo, se habrá dicho el Sr. Mariscal, en los asuntos de toros la mala forma debe ser lo principal.

Porque la verdad es, que el Sr. Mariscal ha podido decir lo mismo en mejor forma."

Ciertamente que el Sr. Mariscal ha puesto la forma á la altura del fondo, cumpliendo en esto la eterna ley de la natural relacion entre el ser y el modo, el asunto y el estilo.

El diputado taurómaco pide que no se altere *por ahora la permanencia* de las corridas de toros; esto supone que las corridas son *permanentes* lo cual ya sospechábamos, aunque para creerlo así no nos referíamos precisamente á las de toros, y que su señoría ha dado con el modo de *alterar una permanencia*, como dió con el remedio para extinguir la langosta. Por fortuna el Sr. Mariscal limita su pretension á pedir la inalterabilidad de lo permanente *por ahora*; sin duda porque *para luego* se reserva la gloria de *alterar permanencias*, á la que, con razon, no quiere renunciar.

Tambien el Sr. Mariscal da el nombre de diversion á eso que se llama *corridas de toros*; pero que, al fin y al cabo, quizás no lo sea; y como el Sr. Mariscal lo juzga diversion, véase como no puede ser más amable y graciosa la pretension del diputado, al pedir la permanencia é inalterabilidad de cosa tan divertida. Eso quiere decir que su Señoría desea que España se divierta, lo cual no deja de ser altamente patriótico y á más oportuno: y en efecto, el pais pasa el rato, unas veces asistiendo á la plaza á presenciar la corrida, y otras veces asistiendo al Congreso á oir los discursos de su Señoría.

Pues consiguió su propósito el Sr. Mariscal, el pais sigue tan divertido: (*) su Señoría puede oir las carcajadas que dá desde el

(*) En prueba de que el pais se divierte en las corridas de toros, insertamos por vía de nota el siguiente suelticillo de «La Velada», periódico literario de Alicante:

«Tenemos «en puerta» dos corridas de toros. Segun «rezan» los carteles van á ser de «lo bueno.» No encontrarán, pues, desacertado, mis lectores, les ofrezca un ramillete de noticias que sin duda son el mejor mentís que puede lanzarse á los atrevidos iralandrines que califican de bárbaro y salvaje tan inocente como divertido pasatiempo.

En las últimas corridas de Barcelona «solo» hubo un muerto y dos heridos. En Valdepeñas, segun «El Porvenir» de Jerez, el cuarto «bicho», llamado «Totobio» saltó por dos veces al tendido, y despues de un pánico espantoso y escenas terribles, que amenizaban gritos desgarradores, lamentos é imprecaciones, resultó... «nada» entre dos platos: un niño de siete años muerto, dos agentes de la autoridad heridos gravemente, muchos brazos y piernas rotos y sin número de descabros. Los barberos tuvieron que sangrar á más de doscientas personas.

Y ¿qué es todo esto comparado con el castigo del bicho que, por su atrevimiento, despues de 15 heridas de bala murió materialmente cosido á puñaladas?...

Pues tambien el «diestro» (?) Frascuelo, si se descuida, entrega la pelleja en Palma de Mallorca.

Y como fin de fiesta, leo en «El Imparcial» del mártres último:

«El banderillero Antonio Herrera, herido en la corrida de anteayer, continua de gravedad. El picador Marquetti se halla más aliviado.»

fondo de todas las provincias, y mucho más desde que no le aqueja el temor de que puedan arrebatarle su espectáculo favorito, puesto que el asunto terminó en punta y cesó *por ahora* la polvareda levantada por la proposición alarmante del Sr. Marqués de San Carlos.

He aquí como da cuenta de ello *El Globo* del 15:

"La proposición del señor marqués de San Carlos sobre las corridas de toros, á pesar de que fué tomada en consideración, parece no se discutirá en la actual legislatura."

Y el del 16, agrega; tendiendo á la solución:

"Ha presentado su renuncia de diputado el marqués de San Carlos, que pasa á ocupar su asiento en el Senado."

Después de lo cual, *La Correspondencia* nos da la siguiente noticia:

"Algun periódico manifiesta deseos de saber quien apoyará la proposición del marqués de San Carlos sobre las corridas de toros, una vez que su autor ha pasado al Senado.

Según nuestros informes, el Sr. Perier."

Según los nuestros, nadie; que es un señor diputado que suele tomar en España la defensa de nuestros asuntos de análogo índole al de la supresión de las lides taurinas.

Don *Nadie* es un personaje muy socorrido y que hace gran falta en un país en que hay Mariscales; porque en primer lugar, frente á frente de los que deciden atajar el paso de la reforma social, *nadie* debe ponerse en un país dejado de la mano de Dios; y en segundo lugar, á ciertas especies no hay *nadie* que se atreva á contestar; el pasmo, ó el escándalo deja sin resuello á todo el mundo.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

¡Qué tal?...

Y aun hay quien niegue el carácter de diversion á tan civilizador espectáculo!...

Lo dicho, paisanos y «paisanas», á la plaza de toros, que promete un buen rato en las tardes del 15 y del 16. El revistero se quedará en casa rogando al abogado de... «los cuernos», que os proporcione un «Totobio» como el de Valdepeñas.

Es el mejor argumento en pró de las corridas de toros.—SMID.»

Tipografía de José M.^a Gálvez, Tenerife y Sacramento 42.—Cádiz.